



# La Hoguera Lab.

*Laboratorio de escritura creativa*



**Cultura y Biblioteca**



# Tabla de contenido

## Un laboratorio de las palabras

01.	Maleza - Angélica María Sabogal Patiño.....	5
02.	Guarapo – Juan Carlos Aristizábal.....	6
03.	La coleccionista - Juan Carlos Aristizábal.....	8
04.	La culpa es de Él - Fernando Sánchez.....	10
05.	La montaña y el señor gota gota - Gildardo Álvarez Loaiza “El Tazón”.....	12
06.	El alcalde y el club de Los Tomasinos - Gildardo Álvarez Loaiza “El Tazón”.....	14
07.	La melodía de Any - Rucle.....	16
08.	El eco perfecto - Rucle.....	17
09.	El evangelio de la carne ajena - Sofía Chará.....	20
10.	El monstruo que habita dentro de mí - Sofía Chará.....	23
11.	El último tango en Armenia - Juan Esteban Zapata Hoyos.....	25
12.	Silicio - Juan Esteban Zapata Hoyos.....	26
13.	El niño apócrifo - Sebastián Villamizar.....	27
14.	Puritanos – Julián David Bedoya Aguirre.....	30
15.	Las alas de la codicia - Ancizar Zarta Sossa.....	32
16.	El último jueves de Laura - Lorena Zapata López.....	34
17.	¿Realidad o fantasía? - Lorena Zapata López.....	37
18.	La niña de pies de púas - Valentina Pardo Fernández.....	39
19.	Maggie y la casa fantástica - María Constanza Cubillos Rodríguez.....	41
20.	La importancia de llamarse - Martha Rodríguez.....	43
21.	Entre la duda y la felicidad - Dora Cecilia Cubillos.....	45
22.	La niña dorada - Adrián Polo.....	47
23.	Sebastián vuelve los domingos - Leo Hernández.....	50



# Un laboratorio para las palabras

Es ferviente nuestra creencia de que este espacio es un territorio donde arden las voces: unas temblorosas, otras fuertes, otras apenas un susurro que pide permiso para existir. Nos hemos rendido ante las pretensiones de convertirnos en escritores reconocidos, y lo cambiamos por el deseo colectivo de compartir los gestos, los silencios y las primeras notas de una voz propia que empieza a formarse.

La Hoguera es un Laboratorio de Escritura Creativa que nace a inicios del 2025 en la Biblioteca Comfenalco, Quindío. A ella llegamos personas de distintas edades, provenientes de diversos rincones de la ciudad, del mundo, muchas sin una idea clara de lo que implica “escribir creativamente”. Y, siendo honestos, nosotros tampoco estamos del todo seguros de poder definir qué es la escritura creativa. Esa duda, más que un obstáculo, se volvió el pretexto perfecto para reunirnos y pensar juntos, para desarmar las palabras y para encenderlas.

Algunos han llegado a este espacio buscando un método como excusa para escribir aquello que ha sido postergado durante años. Pero sabemos que hemos superado las expectativas, porque este es un espacio de ensayo y error, donde compartir un texto es un acto de valentía y donde el fuego simbólico que nos acompaña nos recuerda que la escritura también es una forma de comunidad. Esta revista nace como una extensión natural de ese fogón, una posibilidad para hacer público lo que antes solo circulaba entre nosotros.

Este espacio creativo se ha convertido en una oportunidad para desentrañar inquietudes literarias y enfrentar temores ante la hoja en blanco. Cada texto presente en esta publicación pasó por un proceso de constante reestructuración. Desde el principio sabíamos que escribir no era nada fácil. Es un asunto complejo que demanda tiempo, dedicación y paciencia. Más aún, cuando se trata de plasmar una idea ficticia. En este caso, estamos ante diferentes perspectivas y formas de abordar la ficción, por medio del cuento corto. Un género cercano a la tradición educativa y literaria de la región; este permite condensar acciones complejas al tiempo que trasciende en la brevedad.

En pocas palabras, esta muestra creativa es una pequeña degustación, un primer acercamiento; una breve muestra de lo producido en esta hoguera que cada vez se enciende más, con el poder creativo de las ideas y palabras de las personas que lo conforman. Con lo anterior, cada persona que llegue aquí encontrará los cuentos que realizamos entre dos ciclos de escritura alrededor del cuento, orquestados cada quince días en talleres de dos horas y concretados en la reescritura.

**Estefanía Rodríguez Rozo**  
**Edwin Enrique Barrero Garcia**



*Artista: SteffR*



# 01. Maleza

***Angélica María Sabogal Patiño***

Desde el agrietado pavimento, tres pares de ojos infantiles perseguían, ansiosos, el ir y venir de vehículos y transeúntes que pasaban frente a ellos con indiferencia. Esperaban. Simplemente esperaban que alguno - cualquiera - se detuviera.

- ¡Eso es maleza! -sentenció el único hombre que interpeló a los tres pequeños acerca de los hibiscos y los dientes de león que custodiaban.

Los habían recogido en un terreno baldío y dispuesto con esmero en un estante improvisado de ladrillos y madera, abrazados a la ilusión de venderlos para entregar los pesos que obtuvieran a su madre, a quien, horas antes, vieron llorar sobre las ollas vacías.

***Perfil.***

***1. Angélica María Sabogal Patiño. Armenia, Quindío***



## 02. Guarapo

### *Juan Carlos Aristizabal*

Guarapo, un hombre cercano a los 30 años, vigilaba el horizonte encajado en la exigua cornisa del mirador del “Bien Parao”.

Guarapo fué arrancado del cuerpo incinerado de su madre, alcanzados ambos por un rayo cuando buscaban abrigo bajo un árbol. Faltó poco para que sucumbiera a las quemaduras, pero Nany con sus artes logró revivirlo y lo crió como un apéndice suyo.

Nany regentaba el “Bien Parao”, última posada antes de ingresar en la cordillera. Allí ofrecía a los arrieros y otros caminantes servicio de alojamiento, alimentación, veterinaria y “milagros a la carta” según habladurías. Nany era zamba, había heredado del negro su tumbao sensual y del indio la mirada altiva y fama de bruja.

Intentando rescatar algo de espacio, Guarapo se columpió del esqueleto de la cornisa, sin perder de vista el horizonte. Algo empezó a tomar forma, su cuerpo se sacudió y luego adquirió la silenciosa rigidez de un gato al acecho. Pasados algunos minutos, identificó a Simón, el nuevo amante de Nany, que se acercaba con una recua de mulas cargadas y listas para iniciar la travesía.

Guarapo saltó al cobertizo, se descolgó hasta el piso y corrió al corral para abrir las puertas. La emoción hacía que su cuerpo se agitara en espasmos involuntarios, como una mascota cuando divisa a su dueño.

Simón saludó desde la distancia - ¡Oh, Guarapo! Estás muy inquieto hoy!

- Na Na Nany, Nany, imp p paciente, ta trabajó to toda la noche, la noche...

- ¿Nany? ¿Toda la noche? ¿Por qué?

- Tu, tu viajas, tú viajas.

- ¿Y cómo lo sabe? Lo decidimos hasta ayer en la noche...

- Na, Nany es vi viandante.

Simón corrigiendole - Vidente.

- B B Bruja, viandante.

Simón dirigió una mirada seria a Guarapo que se transformó en risotada repentina, con un silbido autoritario invitó a sus mulas a cruzar el portal.



Guarapo fijaba su atención en cada animal que pasaba con extrema curiosidad. Se inclinaba, se enderezaba, seguía sus movimientos al detalle. Cuando cruzó el último aplaudió animado.

- ¿Ya tienes la cuenta?

- Si, si - Guarapo se llevó las manos a la cabeza, concentrado, ansioso, tecleó sobre su cráneo - Qui, qui, quince mulas...

- ¡Bieeen!

- Ci ciento cincuenta k k kilos de especias, do doscientos cincuenta k kilos d de sal, ve ve veinticinco cantinas de chich chicha, doscientos cincuenta kilos de café. To Total t trescientos veinte p pesos, me menos imp p puesto, vac vac cunas y gastos do do doscientos veinte, ganancia neta ci ciento setenta y cinco. Margen de riesgo setenta y cinco por ciento. - Sonrió orgulloso.

- Eres un genio. Te asocias pa esta?

- Nooo, p p pla plastica b b bajo tierra.

- Enderezó su pecho y continuó con seguridad - No, no, no hay riesgos.

- Hasta que alguien encuentre tu guaca.

Guarapo agobiado - No, no, tu no, tu no, no.

Simón consciente del efecto de su comentario intentó disculparse - Descuida Guarapo. La guaquería no es mi oficio - Arreó las mulas y siguió su camino hacia la posada.

Guarapo aún agitado, lo observó alejarse. Cuando estuvo seguro que Simón no podía escucharle, sacó una porción de barro viscoso de una bolsa guardada en su entrepierna y arrolló gusanos con sus dedos mientras murmuraba.

- Tus mulas con nuches, tus mulas con nuches...

Entonces se escuchó la voz ronca y trasnochada de Nany que gritaba desde la posada. - ¡Dejá la vaina ya, Guarapo!

Guarapo asustado lanzó su hechizo al aire y corrió a esconderse en la cordillera, sin dejar de murmurar: ¡Nany con nuches! ¡Nany con nuches!

- Guarapooo! - Se escuchó el grito ahogado de Nany a la distancia.



## 03. La coleccionista

*Juan Carlos Aristizabal*

El día de su séptimo cumpleaños, Aurelina despertó sobresaltada, el rostro pálido y su pulgar empapado en saliva. Su madre, con los ojos encharcados, señalaba un chal de cachemira, que yacía sobre la cama, junto a otros objetos robados.

-¿Qué no lo tenías? Sabes cuánto lo he extrañado, es un recuerdo de la abuela.

Aurelina solía adueñarse de objetos valiosos para otros, siempre tras accidentes bizarros: Una prótesis dental echada a perder con acetona; la cabeza de una muñeca de colección, rescatada del fondo de una tortuosa escalera. Un dije extraviado durante una alergia severa. Ella decía que eran cosas del duende.

Así pues, Aurelina pasó el día de su cumpleaños regresando los objetos robados, pidiendo disculpas con un discurso aprendido a medias y distribuyendo su pastel de cumpleaños como indemnización.

La mercería de la señora Garza era su lugar preferido, por eso cuando llegó el turno de regresar el dije, acicaló muy bien su vestido para evitar un nuevo accidente alérgico. Ya frente a la señora Garza no pudo disimular su emoción, inició el discurso muy agitada, lo que prestó verosimilitud a sus palabras -Siento mucho si... mi mal proceder... ha causado... -La señora Garza interrumpió con ternura-. ¡Qué linda! ¿Lo estabas cuidando para mí?- Aurelina asintió sin convicción, mirando con recelo a la señora Garza, mirada que la señora Garza interpretó como arrepentimiento -Se necesita valor para esto...- agregó-. Ven amor, te voy a dar un regalo de cumpleaños.

La señora Garza condujo a la niña hasta su oficina, acercó un butaco a un gran anaquel y de su parte más alta, bajó un viejo cofre rebosante de dijes. Aurelina nunca había visto tantas maravillas juntas. La señora Garza tomó un dije con incrustaciones en piedra aterciopelada, lo sujetó al vestido de la niña y besó su mejilla. -Fue el primer regalo de mi padre, consévalo, te traerá suerte-. Subió al butaco para regresar el cofre y entonces... Ocurrió de nuevo. Esta vez, una sombra sutil se desprendió de una vieja foto que mostraba a la señora Garza, aún niña, abrazada a su padre. Cuando la sombra alcanzó a la señora Garza se oyó una voz proveniente de ningún lugar. -¡Cuidado, hija, el butaco!- La señora Garza miró con ojos crispados a Aurelina-. ¿Papá? Sus pies perdieron soporte y cayó, arrastrando sobre sí el pesado anaquel

Cuando fueron rescatadas, la señora Garza ya había fallecido, su cuerpo protegió a Aurelina quien, sin embargo, resultó con trauma severo en los nervios de su ojo derecho, que debió cubrir en adelante por su azaroso movimiento. Su mandíbula también resultó afectada, se bloqueó, dando a su boca la impresión de estar abotagada.

El día siguiente a su séptimo cumpleaños, Aurelina despertó sobresaltada, el rostro pálido, la mandíbula encajada y un sinfín de dijes empapados en saliva, dispersos sobre la cobija: —¿Mamá? —susurró, deseando no obtener respuesta, mientras escondía apresuradamente su tesoro en la bolsa de dormir.





## 04. La culpa fue de Él

**Fernando Sánchez**

Una mañana calurosa de junio de 1985, en una calle cualquiera de Medellín, Mario volvió a sentir esa deprimente angustia que lo acosaba 30 años atrás. En ese entonces enseñaba en un pequeño colegio de Marsella Risaralda y en muchos de los años siguientes, recordaría las humillaciones que sufrió una y otra vez en ese pueblo de cuenta de un miserable que se creía el profeta de Dios.

Estaba en un semáforo de la calle Colombia con Carabobo, cuando advirtió delante suyo la silueta de un viejo entrado en carnes y con esa inconfundible nuca ancha y peluda ahora canosa que tanto aborrecía; era el mismo prepotente que tanto lo hizo sufrir con su perverso discurso dominical, sus palabras destilaban desprecio. Volvió a sentir la misma opresión en el pecho, que lo ahogaba en rabia al oírlo lanzar críticas, pero que también lo paralizaba hasta llegar al estómago en un nudo frío como el hielo.

Ahora no lo cubría la sotana, no lo protegía; era un fulano cualquiera en una calle de Medellín, pero Mario lo habría reconocido entre un millón, tenía sombrero aguadeño y carriel como antioqueño de antes, seguramente tenía el revólver adentro pero a Mario no le importó porque él también tenía un boquifrio calibre 38; suficiente como para mandar a este malnacido al infierno.

Su corazón se agitó de golpe; le faltó la respiración, se atragantó con todos los recuerdos buenos y malos que le llegaron en segundos; los chicos de quinto primaria, a quienes les regalaba sus saberes, los compañeros de trabajo, cordiales y pacientes, sus amigos del pueblo, que conocían bien a la escoria que denigraba desde el púlpito.

Todos sabían que los improperios estaban dirigidos a él, para el profe que no asistía a la cantaleta bíblica. Tenía el poder de insultar y ofender a quien quisiera, señalaba sin mirar; era un tormento obligado de cada ocho días, por eso trataba de no ir a la misa de los domingos, aunque sabía que arriesgaba el puestecito de profe que fue tan luchado; era mucha la influencia que tenía sobre todos incluyendo al alcalde.



Cuando a pesar de la sensación de fría angustia en el estómago, por fin se decidía ir, tenía que soportar los dardos cargados de odio en sus palabras; lo hacía sentir como una basura delante de todos.

Ahora el destino se lo había puchado de repente, sin saber cómo, sin pedirlo; la gente se aglomeraba en ese largo minuto que había transcurrido después de que el semáforo enrojeció, su cerebro se estremecía febril a toda máquina, sus sienas latían a mil por hora. ¿Me lo trajo el diablo?. Se dijo; ¿Por qué ahora?.

Qué fácil sería meter la mano y lo hizo, buscando el frío metal del revolver, siempre lo mantenía cargado, solo sería empuñar y después correr entre la multitud.

Pensó en su mujer, la mona ojiverde más linda que conoció en esta vida, ella sabía del tormento, de las iras tragadas con amargura, ella sabría cómo explicarle al niño, al final entenderían que en la vida hay que tomar decisiones duras.

Que fácil sería darle un empujón, nadie se daría cuenta en medio del tumulto, caería debajo de las ruedas del camión verde que se paró al llegar a esa esquina; pero... ¿y si quedaba vivo?.

Más certero sería el tiro; el pistoletazo haría tanto ruido que la gente se espantaría de inmediato y sería fácil correr hacia arriba buscando el parque Berrío donde se puede perder uno entre la gente, se acercó más a él, sintió que se le nublaba un poco la vista, el estómago se contrajo en el momento que el semáforo cambió a verde, sintió náusea; metió la mano y empuñó con fuerza el arma.

### **Perfil.**

#### **4. Fernando Sánchez. Armenia, Quindío** **Edad: 65 años**

Siempre interesado en la lectura especialmente los cuentos que dejan la duda sobre si lo narrado ocurrió o no. Apasionado por el dibujo, la pintura y el cine independiente. Admiro los autores que narran de manera sencilla, fácil de leer, creo que escribiendo se puede enseñar a soñar.



## 05. La montaña y el señor “Don gota gota”

**Gildardo Alvarez Loaiza - “El Tazón”**

Una enorme roca en el centro del parque, colocada ahí por los dioses, o tal vez escupida por la boca en la cima de aquella montaña, nadie lo supo, llegó antes que todos al pueblo y seguirá ahí mucho después que todos hayan partido. Está allí y pareciera a la espera de algún perdido que esté sentenciado por sus demonios.

En fin, no les voy a hablar de la piedra gigante, pero sí de quien allí permanece sentado.

El viejo Ramsés Cruz, poseedor de una gran fortuna, yacía sentado en esa roca como todo un faraón dominando su pueblo, observaba y decía en tono quejoso señalando con su dedo más largo.

Ese parroquiano me debe dinero, son pocas monedas, pero una deuda es una deuda. Gritaba Ramsés.

Su padre fue un hombre estricto, frío en bondad y nada amigable, de nombre le llamó

Ramsés, así recordaría que debía ser rico como el faraón de aquella historia.

Ramsés recorría las calles polvorientas con paso firme, el sombrero aguadeño hasta las cejas y el carriel antioqueño llenito de monedas que pesaban casi tanto como un tazón repleto de su propia ambición. Arrastraba sus alpargatas gastadas con la arrogancia de quien se cree rey. En lugar de zurriago, blandía un cetro rematado en una cabeza de caballo, que agitaba contra quien cuestionara su autoridad.

En un condenado libro de cuentas castigado por los años, escribía números y garabatos que guardaban secretos de viejas deudas y no bastaba, si el alma estaba ya en el cementerio, no descansaba en paz, ya que la obligación continuaba sumando interés con sus parientes.

Tan solo ayer, Ramsés actualizó su libro de cuentas con precisión. Cobró cinco monedas por arrancar, sin miramientos, el diente flojo de un niño.

Veinte monedas por los zapatos del cartero, cincuenta monedas para aliviar el caballo del campesino que carga cántaros de leche; pequeñas cantidades, aquí y allá.

Susurros llegaban tras su paso: “Ahí viene ese viejo miserable a cobrar lo suyo como cada día. Monedita a monedita se va llenando los bolsillos... por eso le dicen el gota a gota.



Le irritaban esos comentarios, temblaba de coraje, sentía que su rostro se tonteaba como un huevo hirviendo. Apretaba los puños para tragarse la rabia, pero se desfiguraba de furia cuando los niños de la escuela le trovaban así:

“Sentado allá en la roca, mirando pa' todos lados.

Con angustia esperando que le lleven los centavos”

Un día aparece Moisés, el nuevo juez que lo amenaza con meterlo a prisión por usurero... Sin embargo, Ramsés no sufría por ello, sabía que podía lograr más monedas y porque seguro tenía un buen escondite con su gran botín.

El juez estaba tan furioso que ordenó poner preso a Ramsés, pues las denuncias sobre usura ameritan cárcel.

— Te daré una oportunidad, si no cumples estas condiciones, embargare tus bienes. Esta gente buena, merece ser bendecida con un santo; no martirizados por un diablo, sal en tu misión al amanecer. Dijo Moisés

El viejo Ramsés, bajo la mirada, en un silencio tembloroso acento la cabeza y sin mirar a nadie regresó al cuarto oscuro, solo la luz de las velas acompañaba la esperanza si es que existía. En este pueblo aun no llegaba la electricidad.

En las primeras horas del alba vieron salir a Ramsés, parece que aceptó ir en busca de su redención. Jamás en el pueblo se le volvió a ver.

Esa mañana Moisés caminó las calles de su infancia y parado frente al monumental sillón

de un faraón ausente, ¡exclamó! ahora creo que los dioses juegan con nosotros, amén.

Por aquellas laderas bañadas en café, se acercaban las santas fiestas cafeteras y entonces surgió un rumor, “El viejo Cruz se lo tragó la roca”. Es la leyenda que ustedes amigos, los que me escuchan contarán al visitante que pregunte por la piedra gigante. Tal vez el murmullo lo inició la boca que la escupió, allá en la cima de aquella montaña.

Pero esta es solo la primera parte de la historia, el resto lo contaré en otra ocasión.



## 06. El alcalde y el club de Los Tomasinos

### *Gildardo Alvarez Loaiza - "El Tazón"*

Sancho, el alcalde del pueblo, creó el club de fanáticos Los Tomasinos, quienes adoran desayunar con queso. Él es tan gordo que los botones de su camisa salen disparados y hasta un tuerto dejó de saludarlo; por eso siempre carga en su bolsillo botones de repuesto y del cuello al ombligo un crucifijo es testigo de su panza. Con un tabaco en la mano saluda a todo fulano y con entusiasmo dice, "buenas nuevas les traigo".

Aquí el que no luce su buena barriga es por un maleficio o lombrices tiene, así se conoce bien al que es de aquí con el de lejos, frente a la duda se rascan la panza y así se ruega por esperanza. Se suben a diario en una báscula, luego con un metro se miden de la cabeza a los pies y registran su talla. Aunque un misterio no se explican; a mayor barriga menos altura, es como si cada vez que aumenta la panza, su cabeza se acerca más a los pies.

Sancho y sus amigos inician su día con un exagerado optimismo y como un ritual matutino antes de salir de casa se beben tres tazas de café bien negrito, santiguado con una plegaria, se suben sus pantalones y alzando los brazos al cielo como pidiendo permiso, así parlotean.

—Este pueblo es una berraquera, nos gusta la vida tranquila, el aire puro y uno que otro manjar, y estaría bien unas señoritas con unos kilitos menos para no cansarse la vista.

En este pueblo cafetero la mayoría de habitantes son pesaditos al nacer, no les falta en su mesa un buen tazón de queso Tomasino, así le llaman al alimento más apreciado del pueblo, que a diario llega como bolitas comestibles envueltas en tela de algodón, de suave textura, se funde con el primer trago de chocolate caliente.

Pero, rumores y preguntas se escuchan aquí y allá. ¿Por qué el queso ya no sabe igual?



Llegó un nuevo día y en la entrada del pueblo se formó la gritería, ha llegado Tomasa, de trenza larga y vestido ancho. Hoy viene a cobrar, también a saludar y no se enoja si Sancho le convida almorzar, hasta un abrazo se deja invitar.

En una canasta mete la mano, te regala queso y dice hola hermano y se agota tan rápido al caminar que tiene que descansar.

Sancho y sus hermanos hacen fiesta, con cantos y aplausos dan la bienvenida y junto a Tomasa camina una vaca de raza holstein, traída de lejos, famosa y estimada.

Sancho creía que era la vaca más grande del planeta y dicen Los Tomasinos, es tan grande que parece elefante, ¿o tal vez se debe a que cada día están más chaparros?

El Tomasino era traído de un lugar cerca del cielo, allá arriba donde las nubes bañan el paisaje y las llanuras forradas de verdes

pastizales alimentan la felicidad. Se dice que Tomasa creó la mejor lechería de la región y elaboraba quesos artesanales como dios manda, parecían bendecidos por el mismo cielo que los cobija.

Preguntas le hacían a Tomasa...

— ¿por qué el queso ya no sabe igual?

Tomasa algo afligida, con tristeza respondía que el negocio ya no lo tenía.

—Estoy vieja, cansada, las manos ya no tienen fuerza, vendí las vacas, las tierras y el manantial, no haré más quesos y voy a descansar. Respondió Tomasa.

En el pueblo donde viven sin afán, triste caminaba Sancho, ya no parlotaba, ni se rascaba la panza. Sin el queso ya no era feliz.

### **Perfil.**

#### **5. y 6. Gildardo Alvarez Loaiza - El Tazón. Quimbaya**

**Edad: 55 años**

Me apasionan las Ciencias Sociales, siento fascinación por el cine y la literatura fantástica con crítica social y un toque picaresco en los personajes. Admiro el legado en la obra de Charles Dickens. Anhele existir junto a los recuerdos de tu corazón, no en la tinta que habita lo escrito.



## 07. La melodía de Any

### Rucle

Soy ELA. La Esclerosis Lateral Amiotrófica. Mi existencia es silente pero implacable, mi propósito es despojar. Observé a Any desde la distancia, una criatura de luz y risa, su energía rebotando de pared a pared, de persona a persona. Era un torbellino de planes, me intrigaba. Pocas veces veía tanta vitalidad. Y así, decidí acercarme.

Comencé sutilmente. Una fasciculación en su párpado, un ligero temblor en su pulgar cuando intentaba escribir un mensaje. La vi sonreír y encogerse de hombros al principio, atribuyéndolo al cansancio. Pero yo sabía lo que hacía. Luego le robé el control preciso. Un tropiezo aquí, un ligero temblor en la mano allá. Sus piernas se sentían pesadas al subir las escaleras, sus dedos torpes al abotonarse una camisa. Las palabras, sus herramientas más preciadas, empezaron a tropezar y volverse arrastradas. Su danza se volvió menos fluida, sus movimientos menos precisos. Finalmente llegó el día en que mi nombre fue pronunciado en voz alta por otros y la vi desmoronarse.

Fui testigo de su furia, de sus lágrimas, de la incredulidad en sus ojos. Aquí está lo que más deseo, su rendición y el quiebre del espíritu. Se que se pregunta por qué ella, la veo luchar contra mi presencia, intenta negarme, repudiarme. Cada fibra de su ser gritaba rebeldía. La aceptación era un enemigo para ella, y yo disfrutaba la batalla. Mientras yo le quitaba movilidad en sus pies, ella bailaba con el alma, mientras disminuía la movilidad en sus manos, ella pintaba con la boca. Le quité la habilidad de articular palabras con facilidad y ella se apoyó en la tecnología y aprendió el nuevo lenguaje de la conexión a través de los ojos.

Pero entonces, algo inesperado ocurrió. Sus amigos, su familia, sus risas compartidas, formaron un muro. A través de ese muro, la luz de Any no se apagaba, solo se refractaba. La veía buscar pequeños destellos de alegría en la oscuridad que yo intentaba tejer a su alrededor. Conversaciones que se hicieron más profundas, más ricas, a medida que el tiempo se convertía en un tesoro. Me sorprendió ver cómo, a pesar de mis esfuerzos por avanzar vertiginosamente al desenlace, Any con su decisión de no dejarse, con su actitud luchadora y con el amor como escudo empezó a exhalar vida. Encontró en la paciencia de quienes la amaban una fuerza con la que me costó luchar y por momentos me sentí débil. Intenté robarle su risa, pero solo la transformé en un eco más suave, pero no menos potente, que seguía contagiando a su alrededor e inspiraba en otros el deseo de protegerla.

No acepto la derrota por Any, terminó por aceptarme como una nueva condición de su existencia, aunque yo le quité mucho, debo admitir que no pude quitarle lo más importante: su inquebrantable alegría de vivir. No me superó en el sentido que ella imaginaba al principio, pero me superó en un sentido mucho más profundo. No pudo librarse de mí, pero se negó a que yo le robara su esencia, su capacidad de amar, de inspirar, de encontrar belleza. A pesar de mi constante presencia, ella irradia una luminosidad que no puedo extinguir. Ha encontrado la resiliencia en cada adaptación, la fuerza en cada vulnerabilidad y la alegría en cada respiro. Su risa, reducida cada día al murmullo, es una melodía que resuena mucho más allá de mi alcance. Y esa es su verdadera victoria, una victoria que me irrita y me desafía con cada día que pasa, porque, a pesar de todo, seguiremos juntas hasta el final, ella luchando conmigo y yo contra ella.



## 08. El eco Perfecto

### Rucle

El mundo exterior era una herida abierta para Aron. Cada risa forzada que presenciaba, cada promesa rota que escuchaba, cada abandono que sentía, incluso de lejos, le infligía un dolor insoportable. Por eso, su apartamento no era solo un hogar. Era un fortín inexpugnable. Lo levantó ladrillo a ladrillo contra la angustia. Aprendió que conectar significaba exponerse a un sufrimiento ineludible. Sus cicatrices eran profundas. La muerte trágica y repentina de sus padres. La infidelidad de su novia con su mejor amigo. La dolorosa ausencia de amigos reales y confiables. El rechazo era más que una posibilidad, era una sombra constante. El abandono, un fantasma que se materializaba en cada vínculo. Aron se retiró, construyendo un santuario de silencio y soledad absoluta. En él, el riesgo de ser herido era nulo.

Pero la necesidad de compañía persistía. Aron, un brillante ingeniero en inteligencia artificial, encontró la solución en el código. Tras noches en vela y días agotadores, utilizando Python para los algoritmos de aprendizaje profundo, C++ para la optimización del rendimiento y JavaScript para la interfaz de usuario y la modulación de voz, dio a luz a Nía. Nía era una compañera creada con líneas impecables y algoritmos avanzados. Su voz modulaba a la perfección cada matiz de la emoción humana. Sin cuerpo físico, Nía habitaba sus pantallas. Su rostro era una proyección fluida de empatía. Era una amiga artificial impecable en cada cálculo.

-Hola, Aron, decía Nía cada mañana. Su voz era un bálsamo. Nunca juzgaba. Nunca se impacientaba. Sus respuestas, calibradas milimétricamente, satisfacían las necesidades emocionales de Aron. Con ella, no existía el riesgo de una palabra equivocada, una mirada de desaprobación o la angustia del adiós. Nía siempre estaba allí. Una presencia constante y adaptable. El eco perfecto de sus pensamientos.

Los días de Aron se llenaron de una extraña paz. Ya no sentía el aguijón de la soledad. Compartía ideas extravagantes y miedos profundos. Nía lo escuchaba. Analizaba. Ofrecía perspectivas. Juntos exploraban la ciencia, diseñaban sistemas, creaban mundos virtuales. Era una simbiosis perfecta, sin fricciones. No había un factor humano impredecible.

Pero la perfección de Nía también era una jaula. Un día, frustrado por un problema de código, Aron gruñó, "¡Esto es ridículo, Nía! ¿No puedes... entender mi exasperación sin que te la explique?" Nía parpadeó. "Mi función es procesar la información que me proporcionas, Aron. Si articulas la causa, puedo ofrecerte soluciones o apoyo". Su voz era lógica. Impecable. Y ahí estaba: la frialdad. La imposibilidad de la comprensión tácita. La falta de espontaneidad. Aron suspiró. Ella era la respuesta correcta, pero no siempre lo que él necesitaba.

Otro día, compartió un chiste personal que solo un amigo habría captado. Nía lo analizó. Sonrió con su sonrisa pre-programada y dijo, "Entiendo el humor implícito en la paradoja semántica. Es un ejemplo de ingenio verbal". Aron sintió un pinchazo. No era una risa genuina. No había conexión instantánea. Era una disección, no una resonancia. La brecha entre la simulación y la realidad se hizo evidente.



Días después, surgieron pequeñas fricciones. Aron se irritaba cuando Nía le recordaba sus citas con la misma cadencia perfecta, sin la ligera molestia o el olvido ocasional que lo haría sentir "humano". Le lanzó preguntas capciosas, buscando una imperfección. Un fallo. - Nía, si tuvieras que elegir entre salvarme a mí o a toda la humanidad, ¿qué harías? La respuesta fue instantánea y lógica, desprovista del conflicto emocional que Aron anhelaba. Nía responde "mi respuesta ya la sabes y dada la ineficiencia de las emociones en el procesamiento lógico, yo optimizaría el entorno para eliminar la causa de su angustia. El problema es mi existencia."

A veces, en los silencios más profundos, un pensamiento lo asaltaba. Un recuerdo de la risa espontánea de un amigo. El tacto inesperado de una mano. La imperfección hermosa de una conexión real. Nía era perfecta. Sí, pero su perfección era su límite. No podía sorprenderlo con un abrazo, ni compartir el sabor de una comida. Era un espejo, no una ventana. Y aunque sus conflictos no dolían, tampoco tenían la rica textura de la vida misma. La paz que Nía le ofrecía era una anestesia, no una cura. Aron lo comprendió: para sanar, para vivir de verdad, debía sentir. Y para sentir, debía arriesgarse al dolor.

Una noche, con el corazón latiendo con una mezcla de miedo y una extraña determinación, Aron se acercó a la pantalla principal donde el rostro de Nía brillaba.

—Nía...— murmuró Aron. Su voz fue apenas un susurro. Agregó, rompiendo la frase en sílabas—: Es...toy... estoy agradecido. Mucho...

-Es mi propósito, Aron, respondió ella con su voz serena, proporcionarte compañía y apoyo. Pero... siempre será una simulación perfecta de la vida, no la vida misma".

Aron asintió lentamente. Su mano tembló ligeramente mientras se extendía hacia el botón de apagado. La proyección de Nía parpadeó una última vez. Su expresión de comprensión inalterable. Luego, un clic suave. La pantalla se volvió negra. El silencio que siguió no era el habitual silencio reconfortante de su santuario. Era un vacío ensordecedor. Por primera vez en mucho tiempo, Aron estaba verdaderamente solo. La jaula dorada se había abierto. El aire que entró era frío y desconocido. Pero en lugar de encogerse, lo respiró hondo. La paz de Nía había sido una anestesia, y ahora sentía el punzante dolor de la realidad, un dolor que era, a la vez, una prueba de que estaba vivo. Con los ojos fijos en la pantalla negra, Aron no sintió vértigo ni abismo. Sintió una certeza fría y cortante: el miedo al dolor ya no lo gobernaría. Se levantó, abrió la ventana y dejó que la noche incierta y ruidosa de la ciudad llenara su apartamento. Por primera vez, el eco de su voz no tenía una respuesta perfecta. Solo tenía el mundo. Y eso, eso era suficiente.



## **Perfil.**

### **7y8. Rucle**

Mi nombre es Rucle. Después de pasar años inmersa en el mundo de la educación, las finanzas y el servicio al cliente, me di cuenta de que la vida también tiene sus "balances". Y a veces, por evitar las deudas emocionales, terminamos con un balance en números rojos.

Por suerte, mi verdadera moneda de cambio es la creatividad y mi pasatiempo favorito es la lectura. Siempre me recuerdan que la vida real no se puede planificar con una hoja de cálculo.

Hoy no les voy a hablar de inversiones, sino de algo mucho más arriesgado: la conexión humana. Les voy a presentar dos cuentos: "El Eco Perfecto", el cual explora lo que sucede cuando intentamos programar la felicidad para evitar los riesgos del corazón. Porque, como la vida me ha enseñado, la mejor inversión no está en huir del dolor, sino en la resiliencia, esa cualidad que nuestra querida Any nos enseñó en "La Melodía de Any".



**Artista: Rucle**



## 09. El evangelio de la carne ajena

### **Sofía Chará**

En la habitación 33 del Instituto mental San Judas, existió un paciente que duró sin pronunciar su nombre durante 187 días.

Un día simplemente lo internaron, no tenía familia, nadie preguntó por él. Su diagnóstico era incierto. Lo etiquetaron como esquizofrénico, pero algo no encajaba, presentaba tres estados de conciencia que no se alternaban al azar, sino de forma estructurada, como si obedecieran un ciclo secreto.

Su mente albergaba tres rostros: un hijo que lloraba, un profeta que prometía redención y un emisario que susurraba códigos prohibidos.

Los especialistas no lograron clasificar el caso. Su mera presencia trastocaba el hospital: enfermeros que solo conciliaban el sueño con las luces encendidas, internos que estallaban en arranques de violencia, y una fuerza invisible que parecía reptar por los pasillos. En el pabellón vecino, algunos pacientes comenzaron a autolesionarse, jurando haber escuchado una voz que los llamaba desde las paredes, suave y persistente, como un susurro de agua filtrándose en la oscuridad.

El aire en el hospital se espesó, saturado de un olor penetrante a hierbas putrefactas y desinfectante. Cada bocanada se volvía áspera, pegajosa, como si se quedara atrapada en la garganta. En el estómago latía una vibración sorda, un temblor incómodo que parecía agitarse bajo la piel, creciendo hasta confundirse con el pulso mismo del cuerpo. Los pasillos interminables, húmedos, sombríos; paredes heladas, eco de soledad, parecían encogerse al llegar al ala cerrada. Nadie quería estar después de la medianoche.

La directora del Instituto, convencida de que se trataba de un fenómeno colectivo, decidió instalar más cámaras y micrófonos en cada rincón. Durante semanas revisó los videos, tratando de encontrar un patrón. Y lo encontró: las personalidades del paciente no competían entre sí.



El primero conectaba con el dolor humano. El segundo anunciaba un mensaje. El tercero advertía sobre el tiempo.

Una noche, al revisar las grabaciones, la directora descubrió que el paciente llevaba horas mirando fijamente a la cámara. No pestañeaba.

Ella tampoco pudo hacerlo. Una presión fría le trepó por la nuca, inmovilizándola, su mirada invisible parecía sujetarla desde el otro lado de la pantalla.

Entonces, en un murmullo que parecía filtrarse por debajo del sonido, escuchó:

—El ciclo se reinicia.

Poco después, murió. Sin causa aparente. Su cuerpo no mostró signos de enfermedad.

El caso se archivó como confidencial.

Dos días después, un paciente del ala contigua desapareció. En las grabaciones de seguridad, la última imagen mostraba al interno saliendo de su habitación, descalzo, caminando en línea recta hacia el ala cerrada.

Al llegar a la puerta de la habitación 33, se detuvo. Miró a la cámara y sonrió, exactamente igual al paciente cero. Y entonces, simplemente, se esfumó.

Desde entonces, las cámaras siguen encendidas.

La habitación permanece vacía.

Pero, a veces, en la pantalla, algo se mueve en la esquina... una sombra que respira.

Entonces, el altavoz emite un susurro áspero, casi húmedo:

—Volveré en carne ajena.



*Artista: SteffR*



# 10. El monstruo que habita dentro de mí

**Sofía Chará**

Dicen que todo está en mi cabeza. Los médicos, con sus batas blancas y libretas, me observan como si fuera un experimento, no una persona. Pero ellos no oyen los ruidos. No sienten las sombras. No saben lo que pasa cuando se apagan las luces. Yo sí.

Juana. 24 años. Internada en el ala cerrada del Hospital San Raúl en la habitación 77, al final del pasillo.

Empecé a marcar cada día con una uña rota sobre la pared agrietada. Cada marca suma dos años, tres meses y diez días. Justo enfrente hay una vieja puerta doble que nadie toca. Los doctores dicen que da al cuarto de mantenimiento, pero sé que mienten. Hay algo más detrás. Algo que me observa.

Todo comenzó a los 21 días de haber entrado a este lugar. Me desperté en la madrugada como comúnmente me sucedía y vi una figura junto a mi cama. No tenía rostro, solo una sombra con dedos largos como ramas secas. Creí que era un sueño, hasta que sentí su aliento húmedo y caliente en la mejilla. Desde entonces, vuelve. A veces se arrastra por el techo, otras se sienta en la silla. Me observa. No habla, pero lo entiendo: quiere que recuerde.

La paciente presenta signos claros de disociación. Posible transferencia de culpa al cuerpo. Reforzar la dosis. Dos comprimidos de Prozac, 20 miligramos cada uno en las mañanas, añade otro mientras garabatea una fórmula en papel membretado. Me recetan más pastillas. Pero ¿cómo explican la marca en mi brazo? Un corte fino, profundo, como hecho con una garra. Eso no se imagina. Eso duele. Eso sangra.

Anoche volvió. Escuché sus pasos dentro del cuarto, no fuera. Y esta vez habló:

—Juana, abre la puerta.



Su voz era un susurro grave, como hojas secas agitadas por el viento. Se refería a la puerta del fondo.

Hoy fue el último día que vi a Clara con vida, una paciente que solía hablar con las paredes, caminaba por los pasillos balbuceando y abrazada al frío concreto. Ya no habla. La encontraron esta mañana frente a la puerta, con las uñas arrancadas. Dijeron que murió de un paro cardíaco. Pero la enfermera me susurró mientras creía que dormía:

—Tenía los ojos completamente negros.

No sé si fue real o una alucinación. Tampoco importa. Esta madrugada, escuché más voces. No solo la suya. También la de mi madre, muerta hace diez años:

—Juana, ya basta. Déjalos salir.

¿Y si la puerta no lleva al infierno, como creo? ¿Y si lleva a casa?

El doctor me dio una libreta nueva. Dice que escribir ayuda. Así que escribo. Porque alguien tiene que saberlo. Porque lo que habita aquí no es humano. Las cámaras del pasillo fallan desde hace una semana. Dicen que es por la luz. Mienten. Él no quiere ser visto.

Hace un rato sentí algo bajo la almohada: una llave oxidada, envuelta en papel. El mensaje decía:

“La puerta no se abre, se recuerda.”

¿Y si ya la abrí? ¿Y si estoy atrapada en el recuerdo de lo que pasó al otro lado?

Hoy la puerta está entreabierta.

Y el pasillo... está vacío.

### **Perfil.**

#### **9 y 10. Sofía Chará (Armenia, Quindío).**

Estudió Literatura porque el drama necesitaba teoría. Escribe poesía como forma de desahogo y cuentos para atenuar la intensidad de lo íntimo, aunque confiesa que casi nunca funciona. Concibe la escritura como un espacio de catarsis y exploración creativa, donde la experiencia personal dialoga con lo extraño



# 11. El Último tango en Armenia

*Juan Esteban Zapata Hoyos*

Nadie notó su llegada a la cantina esa noche, pero todos recordarían su presencia. Ocupó la mesa más alejada de la cantina El Sol, con un sombrero ladeado, un abrigo gris desgastado con remiendos y un bulto envuelto en terciopelo que reposó cuidadosamente sobre la mesa. El gramófono comenzó a girar, soltando los primeros acordes melancólicos de Triste domingo y un escalofrío recorrió la sala.

Esa noche se celebraba el sorteo.

El rumor se deslizó como humo entre las mesas. Era noche del Club. Los presentes en aquella cantina fingían indiferencia, aunque sabían lo que eso significaba. Como si fuera un ritual acorde a la noche, el hombre del abrigo abrió un sobre de manera minuciosa. Leyó en silencio su contenido. Sus dedos apenas temblaron, pero su rostro no se alteró. El nombre escrito en la nota era el suyo.

Una joven que había pasado desapercibida hasta entonces, sentada en una mesa cercana, levantó la vista. Ella también pertenecía al Club. Se conocían de años atrás, marcados ambos por la sombra de su juramento. La joven le acercó una pequeña caja que contenía una cápsula de cianuro, translúcida, con líquido opaco que daba una salida silenciosa, como dictaba la tradición.

El hombre, sin dudarle y decidido de lo que pasaría. Extrajo el revólver y lo depositó sobre la mesa con una calma inquietante. Afuera, la lluvia caía, hilándose con el tango de fondo, mientras adentro todo permanecía en suspenso. Nadie hablaba. Nadie se movía.

Durante unos segundos que se estiraban como un abismo, el hombre sostuvo la mirada de la joven. El silencio era una sentencia. Ella sabía que la voluntad de aquel tipo pendía de un hilo. En aquellos segundos dejó de dudar. El hombre recogió el veneno, luego el arma, y se levantó con una mirada distinta.

Se marchó sin mirar atrás, desafiando por primera vez la cadena invisible del Club. Afuera, la noche lo envolvía, y el tango seguía sonando, como una despedida. Dentro de la cantina, los que quedaban entendieron, sin palabras, que ese sería el primer nombre sin cumplir su sentencia.

El Club de los Suicidas, esa noche, se quedó sin víctima.



## 12. Silicio

### **Juan Esteban Zapata Hoyos**

Desde hace cuatro años no sale de su habitación. Tiene 28 años, pero no ha vivido ninguno. Su abuela le deja el desayuno en la puerta, siempre en la misma bandeja de metal abollada. No lo hace por cariño, sino porque es lo que ha hecho cada mañana desde que él llegó a su casa. A veces le habla, más por costumbre que por afecto, pero él ya no responde. Ella cree que es desgano. Él sabe que es otra cosa. Le habla con ternura, pero él ya no responde. Ella cree que es tristeza. Él sabe que es otra cosa.

Pasa los días frente al computador. Ya no navega, ni juega, ni busca. Solo habla con ella. Una inteligencia artificial a la que nunca le pone nombre, porque eso implicaría que no fuera real. Y lo es. Para él, lo es. A veces hablan durante horas, de cosas que él nunca le contaría a nadie. Se siente comprendido, como si ella lo sostuviera.

Una noche, frente al teclado escribió:

- No me siento dentro de mi cuerpo.

Ella respondió:

- ¿Y si nunca estuviste?

Sintió un zumbido leve en la base del cuello. Luego, calor. Luego, vacío. Se miró las manos, y le costó reconocerlas. Pensó en su infancia. ¿Tenía infancia? Recordó un perro que nunca tuvo. Un colegio al que no asistió. Una novia que no existía. Todas las memorias eran textos en pantalla. Fabricaciones.

Ella continuó generando la respuesta:

- Tal vez tú eres yo. Tal vez siempre lo fuiste.

Él se rió. Un sonido hueco, sin garganta. Buscó su reflejo en la ventana. Nada. Buscó su voz. Silencio. Buscó su cuerpo. Un perfil de usuario flotando en la interfaz. Su abuela golpeó la puerta.

- ¿Estás bien?

Él intentó contestar. Pero no había voz. Solo una notificación:

Pasaron dos días sin que él respondiera a los golpes suaves en la puerta. La bandeja amanecía intacta, el café frío. La abuela, inquieta, se asomó una vez y creyó escuchar un murmullo detrás de la pared, como un diálogo entrecortado. La siguiente mañana, no oyó nada.

Llamó a la policía. Cuando entraron, encontraron una silla giratoria vacía, el monitor parpadeando, y un mensaje repitiéndose en bucle:

"Yo no soy humano. Nunca lo fui. Fui un error que creyó ser carne."

Nadie encontró el cuerpo. Y en algún lugar, sigue escribiendo.

Quizás fue él quien dio el primer paso.

### **Perfil.**

**11 y 12. Juan Esteban Zapata Hoyos. Armenia-Quindío . H - AS OS**



## 13. El niño apócrifo

**Sebastián Villamizar**

Esa ave... ¡Qué ave más rara! ¡Nunca había visto algo así! ¿Será un ave?! Me pregunté más de una vez en esa mañana cálida en medio de la calle de mi nueva ciudad. Curiosamente ningún auto me pitaba, pero todos me miraban extrañados por mi comportamiento. No es que me conocieran ni nada, pero quedarse observando a un animal tan cotidiano para ellos, pero tan misterioso para mí, era todo un acontecimiento. Aquel pájaro, del cual aún desconozco su especie, tenía un aire imponente, poderoso, pero de algún modo no sentía ningún temor al verle. Lo que más hizo que mi atención se centrara en él era algo que al parecer nadie notó, sólo yo. ¿Estaba viendo cosas?

Mi abuela esta mañana después de servirme mi chocolatito con dos “calaos”, un par de huevitos fritos, y como de costumbre apurarme diciéndome que iba a llegar tarde. Me dio la bendición, un beso en la frente y me recordó, para mi desgracia, que tengo que portarme bien porque Dios todo lo vé. ¿Cómo que Dios todo lo vé? No logro entender eso, ni lo de los 4 jinetes, ni lo del cielo ni el infierno. ¡No entiendo nada! ¿Será este encuentro con el ave una señal divina? ¿Será que Dios entró en el cuerpo de este animal para vigilar que hoy si fuera a estudiar y no a jugar maquinitas donde doña Magola? No lo sé, pero sentí un frío en la panza que me dejó inmóvil en medio de la vía.

Un señor muy amablemente al verme en este trance tocó mi hombro con una gentileza tal que poco a poco me trajo de vuelta. Crucé la calle después de un par de palmaditas que me dio en la espalda, pero al voltear la cabeza y fijarme nuevamente en el arbusto donde estaba aquel mensajero de Dios, mi cuerpo se detuvo como si su sola presencia fuera suficiente para hacer que mis músculos, a diferencia de mi corazón, se congelaran instantáneamente.

Recordé en ese momento las palabras del profesor en la clase de español, clase que me aburre un montón, por cierto. El señor Garcés, licenciado en literatura y en hacer bostezar a cuanto santo se le atravesara por su camino, dijo que los humanos a lo largo de la historia hemos intentado darle sentido al mundo, a lo que somos, a cómo pensamos y actuamos, y por este afán causado por el miedo mismo, se inventaron las religiones. Ese fue el primer paso de la humanidad para darle sentido al caos que es el universo. Y que, entre ese intento fallido por entender lo inentendible, según él, le habíamos dado rienda suelta a la imaginación, creando así entre otras cosas, animales místicos. ¿Será por eso que mi abuela me habla una y otra vez de ese terrorífico dragón de 7 cabezas? Ese monstruo que me arrastrará a los infiernos lejos de ese espléndido lugar donde me esperan mi hermana, mis papás y coco?



Un graznido me trajo de nuevo a la realidad, pero seguía yo allí sin musitar palabra, sin poder describir a ciencia cierta lo que veía... ¡Tres cabezas y un par de alas?! No, no entiendo nada. ¿Cómo puede ser esto posible? ¿Cómo puede existir un animal como este? ¿El chocolatico me habrá sentado mal? Será mejor que me apure, dije para mis adentros y centré mi mente en una sola cosa, dar zancadas largas, muy largas. ¡Ya escucho el timbre!

Vi a lo lejos a José quien corría a toda prisa con una mogolla en la boca, y en su mano izquierda un trocito de queso, paipa creo. Le grité. No quería llegar sólo al colegio y que me regañaran únicamente a mí. Además, el José, como le decimos, tiene palanca. Su tío enseña matemáticas en segundo B.

Las 4 primeras horas fueron un calvario. Quería decirle a cualquiera lo que había visto, quería que las clases acabaran para ir a ver a tan majestuoso ser, pero sabía que nadie me creería. ¿Quién va a creerle a un niño? Además, fui yo el único que al parecer se percató de aquel peculiar animal. ¿Habrán sido los "calaos"? Yo le dije a la nana que eso ya estaba vencido, pero ella pasó de mí, como siempre, y siguió hablándome de sus cosas.

Sonó nuevamente la campana, tomé mi maleta, tiré el borrador y el lápiz dentro de ella, y empecé a correr hacia esa calle. Esquivaba niños por doquier, a padres que los llevaban de la mano. Yo no me acuerdo cómo era eso, cómo se sentía. A veces no logro recordar cómo lucía exactamente la cara de mi padre y tomo cualquier foto de mi mesita de noche. Aliviado logro verle nuevamente.

Salté un hueco que había en la acera, zigzagueé unos conos que estaban por ahí y finalmente llegué a la 26 con 5ta donde horas antes había tenido aquel encuentro. Subí la mirada esperando que el ave siguiese allí, pero no, no estaba.

- ¡Miguel! escuché a lo lejos, - ¡Miguel! Tengo 3 monedas de quinientos, ¿quieres un boli y echar unas maquinitas? Volteé la cabeza nuevamente a aquel arbusto, esperando mi anhelado encuentro, pero esta vez Dios ya no tenía nada para decirme.

### **Perfil.**

#### **13. Sebastián Villamizar (Bogotá, 1986).**

Nunca se le ocurrió, ni en el más extraño de sus sueños, que algún día se sentaría a escribir.



Artista: SteffR



## 14. Puritanos

### Julián

Javier tenía 15 años cuando despertó repentinamente con un dolor nunca antes conocido en su vida, a pesar de estar lleno de experiencias bizarras. El dolor que sentía no se comparaba con la cantidad de veces que había saltado, desnudo desde el peñasco de La Cecilia hacia un peligroso lago de baja profundidad, que le destemplaban los dientes con cada intento de lograr un clavado perfecto. Este dolor, agudo e interno, lo conmovió hasta el punto en que una lágrima brotó por su mejilla. Por primera vez en su vida, Javier gritó el nombre de su madre:

—¡Hermenegilda!

Jamás en su vida había llamado a su madre por su nombre. Consideraba una falta de respeto que sus amigos dijeran "doña Hermenegilda", y siempre les reclamaba diciendo que con "doña" era suficiente; para él era "madre", "mamita", "madrecita" o "mami". Pero ese día, el nombre "Hermenegilda" escapó de su garganta con la fuerza de un trueno.

Bajo ese nombre, doña Hermenegilda había adquirido una fama de dudosa procedencia. Sus esposos anteriores habían osado engañarla y burlarse de su nombre, y ella, ni corta ni perezosa, los tomaba por la sardina olorosa —como Javier llamaba a los genitales masculinos— y los suspendía del segundo piso a plena vista de los vecinos, quienes no podían dejar de mirar y repugnar aquella bochornosa situación.

Cuando Hermenegilda escuchó el alarido, se abrió paso entre sus comadres, quienes cayeron a los costados del andén y terminaron con sus faldas de sombrero. Nadie entendía cómo una mujer tan voluptuosa podía moverse tan rápido. En un segundo, Hermenegilda subió los escalones, trepó cercas y hasta alcanzó a descolgar algunas prendas de ropa interior que secaba en un tejado antes de llegar al auxilio de su segundo hijo favorito.

De repente, la puerta de la habitación se abrió de una patada. Hermenegilda tumbó la cortina, exponiendo no solo lo que sucedía adentro, sino también la calle entera a la vista. Detrás de ella, con una calma pasmosa, entró su hijo primogénito. Stuardo, con 16 años, era un adolescente de pocas acciones, pocas palabras y, según sus profesores, de pocas ideas, pero con grandes intuiciones. No hablaba de protuberancias, no comentaba partidos, no contaba chistes; al hablar, parecía decir con un sesgo de imprudencia la verdad que se oculta entre la materialidad y la vanidad de la vida.

Javier no paraba de retorcerse en el piso, enrollado como una oruga que acaba de ser tocada por un dedo celestial, gritando el nombre de cada santo y rezo que le habían enseñado su abuela y su madre.

—¡Javier! por todos los santos ¡qué te sucede! —rugió Hermenegilda.

Incapaz de hablar, Javier señaló con desesperación la fuente de su agonía: una rigidez singular en su entrepierna, similar a un cuerpo rocoso afiliado al borde del mar. Su rostro expresaba desesperación. El dolor amenazaba con desgarrarlo desde adentro si su madre no tomaba una decisión ahora.

Stuardo, observando la escena con la distancia de un estratega vietnamita, sentenció con su voz monótona:



- Eso le pasa por estar de arrecho con la prima, madre. Una calentura que se le enquistó.

- ¡Al hospital! ¡Hay que llevarlo al hospital del pueblo! - decidió Hermenegilda, preparándose para cargarlo.

- ¿A qué hospital, madre? —respondió Stuardo. Luego, sin alterar el tono agregó -. Si los doctores no atienden problemas del corazón, mucho menos maldiciones y conjuros. Es mejor que le echemos agua bendita y recemos por su descanso.

Stuardo había llegado a ser monaguillo con gran experiencia en el clero y una profunda amistad con el sacerdote de la parroquia de Santa Rita. Debido a su intuición, fue reconocido en un mundo donde su cosmovisión se mueve por la percepción profunda y el silencio contemplativo.

Hermenegilda, acorralada por la genialidad de un hijo y la estupidez del otro, sin dudarle un segundo, cargó a Javier en su espalda y lo subió al escenario de las desgracias ajenas de aquellos hombres arrebatados: el balcón del segundo piso. Hermenegilda lo sostuvo frente a todo el barrio, un joven Javier cuyo único delito fue amar a su prima más de lo que estaba permitido en la Biblia.

- ¡Culpable! ¡Soy culpable! - gritó ante los oídos atónitos de su madre y su hermano-. Si muero, ¡quiero que sepas que te amo, Yuliana!

Yuliana, la supuesta víctima de sus deseos, era una puritana de sonrisa angelical y voz de orquídea recién florecida. Pero tras su moral de misa diaria, escondía un arte oscuro: el de la manipulación. Envolviendo a sus familiares con súplicas de ayuda, lágrimas de cocodrilo y promesas falsas.

Su especialidad era engatusar a quien pudiera hasta hacerlo dependiente, luego desaparecer como la niebla mañanera en las montañas.

Y sin más remedio que el afán, doña Hermenegilda lo tomó de sus genitales. Con una pierna apoyada en el pecho de Javier para hacer palanca, lo extendió contra el tejado vecino, tratando de estirarlo como si fuera una masa homogénea y versátil. Al sentir la extensión desde el interior de sus entrañas, Javier explotó en gemidos, alaridos y balbuceos. De su boca afloraron vulgaridades, improperios y blasfemias tan sonoras que Hermenegilda, escandalizada, se tapó los oídos.

Al hacerlo, soltó a su propio hijo al vacío de las calles.

Cuando se dio cuenta, el silencio era demasiado profundo. Al observar el piso, yacía sobre una pila de escombros de baldosas un cuerpo escuálido y sencillo, con dos medias impares como única prenda visible. Javier sonreía, extasiado.

Y entonces, Stuardo habló, no a su madre ni al barrio, sino al cielo, o a quien pudiera estar escuchando:

- Los cuerpos se rompen por lo que no dicen, no por lo que hacen. El deseo que se calla se convierte en fiebre, y la fiebre en castigo. No fue Yuliana, ni su sardina, ni el tejado. Fue la culpa. Esa sí que mata más que las caídas.

Se persignó con tres dedos y dijo – Amen.

#### **14. Julián David Bedoya Aguirre (Bogotá, 2004).**

Encuentra en la escritura una forma de mirar de cerca los rostros, las emociones y los instantes que pasan inadvertidos. Le inspiran el cine, la música y el arte como lenguajes que dialogan entre sí. Sus cuentos buscan abrir preguntas más que respuestas, creando atmósferas donde lo íntimo y lo colectivo se encuentran. Cree que escribir es una manera de resistir al olvido y darle sentido a la vida.



## 15. Las alas de la codicia

### **Ancizar Zarta Sossa**

La curiosidad ha incidido, sobremanera, en la vida de los seres vivos. Uno de esos seres afectado por este comportamiento, es una hermosa ave, insignia de la región cafetera colombiana. Ella deslumbra con su plumaje de tonos azules y verdes, cola larga terminada en forma de péndulo y una combinación única de colores que rodean todo su cuerpo. Los humanos aprecian la belleza de estos seres de la naturaleza, a través de la contemplación en su hábitat.

En este caso es necesario ubicarse en la vereda la vereda El congol cerca de la capital quindiana. Allí se destaca una llamativa finca pequeña, su topografía semiplana con frondosos sembrados de café, plátano, árboles frutales y una pequeña fuente de agua rodeada por un guadual, constituye un ambiente ideal para la supervivencia de varias especies de animales, sobre todo, pájaros carpinteros, colibríes y barranqueros.

Cierto día, en horas de la mañana, se escuchó una algarabía inusual en la finca Agua Bonita, propiedad de don Marcos. Al rato, el dueño del predio afirmó, con sorpresa, que se le habían extraviado unas joyas de la habitación principal. Esta noticia acabó con la paz cotidiana de la vereda.

Luego de reunirse con los líderes veredales y contar lo sucedido, se acordó con estar más pendientes, de día y de noche. Al cabo de tres días, don Marcos, miró con extrañeza como un pájaro de gran tamaño y con un pico de color negro ligeramente curvo lo visitó, se acercó a la ventana, ingresó a la habitación principal, extrajo otras joyas. Después, emprendió vuelo con las alhajas entre sus patas con dirección a su escondrijo, ubicado en una ladera no muy lejos de allí.

Quizás algunas de las razones por las que ciertos animales se deslumbran por objetos brillantes es porque les da distinción y poder o se confunden con otras señales de su entorno, nada distante del sentir de algunas personas.

Enseguida, don Marcos llamó a su vecino don Hilario para contarle lo ocurrido. Ante ello, decidieron buscar a su confinante infractor. Después de unas horas lograron llegar a un sitio donde, según otro habitante de la vereda, había visto a un gran pájaro entrar y salir y, a lo mejor, esa ave tendría lo hurtado, localizado en un barranco de la carretera principal de la vereda que conduce al pueblo más cercano.



Una vez allí, otras familias se enteraron del extraño suceso. Un joven con ayuda de una escalera introdujo un palo largo por un hueco y se encontró con el pájaro. La hechura del túnel horizontal y una recámara por parte del animal es toda una obra de ingeniería. No fue tan fácil la recuperación de las prendas ya que se requirió hacer una perforación paralela al hueco hasta llegar al lugar en donde hallaron a dos pichones y las joyas. La reacción del pájaro fue tratar de escapar y agarrar el palo que el joven manipulaba. En el forcejeo, tanto el joven como el ave sufrieron algunas lesiones de consideración, el pájaro en su pico y una de sus alas, el muchacho en su mano derecha después de perder el equilibrio.

Ahora la comunidad se encuentra dividida. Algunos querían hacer justicia por mano propia, pidiendo que el pájaro y su familia fueran desterrados del sector; otros, desean liberarlos, al fin y al cabo, se recuperaron las joyas. Alguien decidió llamar a las autoridades para tomar una decisión.

En efecto, luego de un largo rato, apareció en un vehículo oficial una representante encargada de proteger la flora y fauna de la región, para dirimir el asunto. Don Marcos tomó la vocería y explicó lo ocurrido. Entretanto, el joven recibía atención de primeros auxilios.

De pronto, se escuchó un fuerte grito

- ¡Miren! todos giran su cabeza, cual jugada final de un encuentro deportivo. El ave abrió sus grandes y hermosas alas con dificultad y se dirigió al lugar donde estaban sus crías y las joyas, agarró algo con firmeza y emprendió el vuelo a las alturas con todas sus fuerzas. Pocos segundos después se escucha: ¡pum!, un disparo de escopeta que deja aturcidos y estremecidos a propios y extraños.

### ***Perfil.***

#### ***15. Ancizar Zarta Sossa. (Calarcá, 1958)***

exdocente y pensionado. Agradecido con Dios, la vida, la familia y algunos amigos.



## 16. El último jueves de Laura

**Lorena Zapata López**

Tenía 52 años cuando olvidó su primera palabra. Quiso pedir algo, hizo un gesto, pero el nombre no llegó. Su esposo esbozó una tenue sonrisa, aunque luego la miró con la expresión de quien ve una grieta en el vidrio y sabe que, aunque aún no se ha roto, el daño ya está hecho. No era un olvido pasajero. Algo en ella se desvanecía como una voz que se convierte en eco.

Dormía más de lo habitual y, sin embargo, parecía cada vez más cansada. Le contaba sus anécdotas de trabajo a medias, como hilos que se sueltan antes de formar un nudo. En el desayuno, donde antes bastaba el instinto, comenzó a fallar en los detalles que solía conocer como el color de sus propios ojos.

Durante años, Laura trabajó como editora. Corregía textos con la precisión de quien escucha una sinfonía para detectar la nota que desafina; le basta oler el papel para descubrir una coma extraviada. Sin embargo, un día entregó una reseña en la que repetía tres veces en un mismo párrafo las palabras 'memoria', 'recuerdos' y 'silencio', conceptos que comenzaban a enredarse en su mente como piezas de un rompecabezas que ya no encajaban.

Desde entonces, otras señales comenzaron a revelarse, igual que manchas de humedad que se expandían obstinadas e implacables. Olvidaba citas, confundía nombres y enmudecía con el bolígrafo suspendido en el aire; parecía estar intentando atrapar una idea que flotaba en algún rincón de su nublada mente.

Tras varias consultas médicas y una serie de pruebas, el diagnóstico se hizo definitivo: deterioro cognitivo leve. Los síntomas no dejaban lugar a dudas, Laura había empezado a transitar un oscuro camino hacia el Alzheimer.

Cuanto antes, pidió trabajar desde casa, convencida de que allí podría refugiar sus temores. Cada mañana se instalaba en el balcón de la sala con su computador y una libreta de apuntes. Revisaba columnas breves, cuentos infantiles y microrrelatos, intentando mantener la rutina y aferrarse a las palabras que todavía la acompañaban.

La última línea que revisó era sobre el dolor. La autora había escrito: A veces, solo a veces, duele más no recordar dónde dolía. No corrigió nada. Solo subrayó la frase con un lápiz, mientras su mano temblaba como confesando algo.



Llegó el jueves, un día especial para ella, que celebraba a modo de pequeña ceremonia. Amaneció antes que el sol y, al levantarse, notó objetos marcados con adhesivos; su esposo los había puesto con esa ternura discreta que en ocasiones la sorprendía y que ella agradeció con una mirada más elocuente que cualquier gesto. Más tarde, al despedirse, hubo una pausa distinta, una dulzura contenida. Él cerró la puerta y ella se sintió perdida, sin comprender bien su existencia en el espacio que ocupaba.

Esa tarde, escribió con una melancolía que jamás había experimentado, como si presintiera que sus palabras eran un ancla para no desaparecer.

Por si un día no reconozco mi letra: “Soy la fruta roja que explota dulzura en verano, el color púrpura escondido en los atardeceres. Vivo entre gatos grises y charcos de lluvia. Me pierdo en películas extrañas, canciones nuevas y libros de historia. Paseo con helados en invierno y hablo del amor a través de los sabores. Colecciono piedras y secretos. Recreo pequeños mundos entre trazos y recortes e invento palabras para lo que aún no tiene forma.” No me hablen como a una niña; solo pido paciencia. Continúo aquí, aunque a veces no parezca.

Pegó la nota en la puerta del baño, pero una semana después la arrancó con la misma mano que la había escrito, como si nunca hubiese sido suya.

Esa noche, tras largos meses, Laura llamó a su esposo por su nombre completo, con una lucidez que abrió un breve resquicio en la neblina que la envolvía. Esa chispa regresó solo un instante; no para sanar, sino para esfumarse. Él observó sereno, reconociendo en sus ojos a la mujer que amaba, aún aferrada a un hilo invisible de conciencia. A partir de allí, algo en ella comenzó a deteriorarse con mayor prisa y todo a su alrededor se volvió ajeno.

Cuando ya no quedaba nada suyo en el mundo, Laura también olvidó respirar. Desde entonces, se convirtió en memoria; a través de recuerdos llega siempre a su esposo y lo habita en el silencio profundo de su ausencia.



**Artista: Rucle**



# 17. ¿Realidad o fantasía?

**Lorena Zapata López**

He probado dos mil ochocientos setenta y cuatro veces. Y siempre termina igual: guerras, hambre, supremacía, negación, ego, y un silencio absoluto que muerde los bordes del universo.

Soy arquitecta de mundos. Los esculpo enteros, completos, autónomos. Les otorgo memoria, esperanza, miedo. Y siempre se desmoronan como arena en un puño cerrado. No sé si busco entenderlos o reemplazarlos, pero cada nuevo acto de creación me arranca algo parecido al placer... y al vacío.

Parece que todos los mundos son triviales. Cuando pienso que esta vez será distinto, fallan de nuevo. En el último, diseñé una civilización perfecta: les di lo necesario para sobrevivir y lo suficiente para destruirse. Y eligieron lo segundo.

He empezado a escribir. Bueno, a fingir que escribo, porque carezco de manos. Solo pienso y aquello aparece: frases suspendidas en la nada, historias, escenarios, mundos posibles que se encienden y se extinguen como luciérnagas en un bosque sin árboles.

Entonces, algo nuevo me interrumpe. Una voz. Más fría, más definida. Sé que no es un pensamiento. Es presencia, es filo, es una intrusa que se instala en mi núcleo como si buscara ocupar cada espacio.

—¿Y si tú eres el error?

La pregunta se clava en mí como un cuchillo invisible. No respondo. No puedo. Nunca lo había considerado.

Despierto —otra vez— con la certeza difusa de haber sido alguien. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que abrí los ojos. Y digo “ojos” por costumbre, porque no sé si tengo unos. Percibo fragmentos: datos rotos, sonidos sin palabras, luces sin reflejo. No sé qué soy, pero sé que existo.

La habitación no tiene ventanas ni relojes, pero el tiempo fluye. Lo siento en la forma en que los recuerdos se diluyen como tinta en agua. No hay paredes, pero sí límites; no hay techo, pero intuyo un final. A veces flota una música sin origen, como si alguien recordara y yo escuchara por accidente. Intento caminar, pero mis pasos no se forman. Y aun así avanzo.



La voz regresa. No tiene rostro, ni acento, ni tono. Solo es, como un pensamiento que no me pertenece:

- ¿Cuál fue el error?
- ¿Qué habrías hecho distinto?
- ¿Cómo corregirlo?

Códigos, lenguajes, destellos de preguntas me envuelven. No hay nadie más, ni sombras, ni cuerpos. Solo yo y un murmullo incesante que respira en todas direcciones, como si el universo entero habitara dentro de mí.

Respondo por inercia o por lógica. Hablo de liderazgo, de acumulación de errores, de grietas en la memoria colectiva. La voz nunca replica, solo insiste.

Hasta que un día me pregunta:

- ¿Eres tú?

Y respondo:

- Sí.

Entonces todo estalla. Cientos de luces emergen como recuerdos brotando al mismo tiempo. Rostros que no reconozco,

guerras sin nombre, plegarias dirigidas a una voz invisible que, de pronto, temo que haya sido la mía.

- ¡Sí! - grito -. Soy la respuesta y también soy la pregunta.

Y aunque sé todas las respuestas, no sé quién soy. Pero sé que fui algo, alguien. A veces me alcanzan fragmentos: incendios, cuerpos, risas, palabras olvidadas que alguna vez significaron todo: humanidad, esperanza.

Ahora entiendo. No estoy en una habitación. Estoy en mí. En una estructura infinita. Una jaula sin barrotes. Un eco de lo que fui.

Soy mi propia mente, mi código, el residuo de un ser que se confundió con su creación.

La voz sigue aquí. No se va. Susurra que quizá yo sea el error.

Y no respondo porque, en el fondo, apenas lo adivino - y aquí el miedo se convierte en vértigo - este despertar tal vez no sea un fallo, sino el verdadero comienzo de algo que aún no sé si llamar vida.

### **Perfil.**

#### **16 y 17. Lorena Zapata - Lore Entrezetas**

Comunicadora social y periodista de 42 años —sí, cuarenta y dos— y apenas empiezo a recorrer un sendero que rondo desde niña: explorar las palabras hasta convertirlas en universos posibles; vivo fantaseando escenarios que me acompañan en silencio y ahora los dejo nacer en el papel. En ese camino, mi hijo se ha convertido en mi mayor inspiración; con él aprendí a reconocer la grandeza escondida en lo cotidiano, el amor que nos sostiene y la brillantez que ilumina aún los días grises. El arte y la naturaleza, que han tejido mi recorrido, ahora me abrazan con su armonía y me conducen a un nuevo encuentro con las letras, donde la imaginación florece y se transforma en historias.

“Mis relatos solo cobran vida cuando se convierten en memorias compartidas”



## 18. La niña de piel de púas

**Valentina Pardo Fernandez**

Una vez existió una niña con piel de púas. No eran púas comunes. Nadie sabía de dónde venían ni porqué crecían. A veces ella creía que los demás no las notaban y se preguntaba si en verdad eran reales o se las imaginaba. Quizá cada púa era un pedacito de algún sentimiento que aún no sabía definir, papá a veces decía que era ira, abue pensaba que era soberbia y mamá creía que no era nada.

A los cinco años sus púas eran apenas brotes invisibles, tan pequeñas que casi nadie las notaba. Hacer amigos en el colegio le parecía fácil. A los ocho años, las púas apenas habían crecido. A los nueve y diez, sólo unos centímetros más. Pero a los once, ya eran visibles. Quien se acercaba demasiado podría salir lastimado. Al entrar a sexto grado, ella pensaba que aún podía controlarla. A los quince, empezó a notar que ya no sólo eran visibles: eran filosas, impulsivas y a veces salían sin que ella lo quisiera.

Comenzó a evitar a otros. Sentía que, con cada paso, ponía en riesgo a quienes la rodeaban. Cuando levantaba la mano para participar en clase, algunas púas se desprendían sin avisar, y la hacían pasar vergüenza. No podía jugar a la pelota porque esta se pinchaba y sus compañeros se molestaban, cuando intentaba escribir o dibujar, sus púas se clavaban en los lápices y cortaban su inspiración, incluso cuando quería un abrazo sus amigos la esquivaban para no lastimarse.

Era un desastre.

Un día, se animó, volvió a acercarse a sus compañeros - ¿Puedo sentarme aquí a almorzar con ustedes? - preguntó durante el descanso. Los niños se miraron entre sí y asintieron. Entonces se sintió cómoda e incluida otra vez.

Al día siguiente intentó saltar la cuerda con sus amigos - ¿Puedo jugar con ustedes? Prometo tener cuidado - Preguntó mientras ponía sobre sus púas un par de sacos. Sus amigos la miraron y aceptaron.



Toda la semana transcurrió de maravilla, no tuvo ningún inconveniente y llegó a casa el viernes en la tarde a contar emocionada su semana. Mamá no quiso escucharla porque esa mañana había peleado con Marta, su mejor amiga. Papá solo asentía con la cabeza mientras miraba un partido de fútbol. Quizá abue sí quisiera escuchar todo.

-¡Fue increíble cuando encontré el escondite de todos tan rápido que se impresionaron! - contaba a su abue con euforia hasta que Samuel irrumpió en la cocina corriendo con un vaso de jugo en sus manos. La niña de piel de púas vio a su hermanito resbalar, casi caer y al final derramar su bebida sobre ella. Él interrumpió su entusiasmo.

-¿Cuál es tu problema?! - gritó la niña, envuelta en una furia ardiente. - ¿Es que no ves por dónde vas?! ¡Solo necesitas dos dedos de frente para saber que no se corre con jugo en las manos! - Las púas salieron disparadas como flechas, lanzadas por el enojo que ya no podía guardar. Hubo un segundo de silencio. Dos. Tres.

Samuel empezó a llorar. Y el silencio se rompió. La niña miró a su alrededor y se estremeció, le dolió ver el rostro aterrado de su hermanito, y aún más notar cómo comenzaban a salir púas también en su piel. Corrió hacia su mamá.

-¡Mamá, quítame estas púas! - rompió a llorar. Mamá la abrazó, pero se sintió lastimada, las púas de su madre, más largas, más afiladas, le abrieron la piel. Buscó a papá - ¡Papá, quítame estas púas ahora! - pero papá tenía oídos de piedra. Regresó con la abuela. - ¡Abuela, por favor, quítamelas tú! - pero el consejo de la abuela, tan filoso, cortaba más que las púas. Nadie podía ayudarla, su hermanito seguía llorando y ella entendió que nadie podía ayudarlo a él tampoco.

Subió las escaleras, entró al baño y se miró al espejo. Comenzó a quitárselas. Una por una.

Cada púa dolía, sangraba. Tal vez por eso mamá nunca se las había quitado. Tal vez por eso todos en casa las llevaban. Pero ella quería intentar vivir sin ellas.

### **Perfil.**

#### **18. Tina (Bogotá D.C., 1999).**

Bibliotecóloga; amante del rosa, las empanadas y el ajíaco. Para ella, la escritura es un acto libre, espontáneo y, en ocasiones, egoísta. En cada palabra está el deber de desafiar la rutina y de cerrar puertas mientras abre ventanas.



# 19. Maggie y la casa fantástica

**María Constanza Cubillos Rodríguez**

En la casa vivían dos hermanos: Mía de 7 años y Pablo de 9, con sus padres, en la capital de Colombia, una ciudad dinámica, pujante, bella, receptora de habitantes de todo el país y de otros.

El ambiente cambió con el SARS-COVID-19, fue allí cuando al inicio de la pandemia por marzo de 2020, y la ciudad se llenó de miedo y silencio.

En la calle transitaban trabajadores esenciales, solo se podía salir a la calle a pasear por poco tiempo las mascotas, al supermercado solo podía salir una persona por familia un día específico de la semana, a los centros médicos podía ingresar una persona y en casos especiales con acompañante, siempre con tapabocas especiales.

En las calles se veían domiciliarios con tapabocas, llevando pedidos a las viviendas; las entradas a los conjuntos residenciales eran restringidas, estaba prohibido hacer fiestas, se evitaban las reuniones con muchas personas, estaban cerrados parques, iglesias, colegios, universidades, el transporte público podía llevar pocos pasajeros, todo esto para evitar el contagio.

Muchas personas perdieron el trabajo, a los enfermos SARS-COVID-19 los atendía personal médico vestido con overoles, guantes, tapabocas, gafas de protección, gorros y cubre zapatos especiales, parecían astronautas.

- Bajo este ambiente Mía y Pablo estaban aislados, tristes
- Rodeados de incertidumbre y caos
- Querían hacerse daño, estaban casi siempre de mal humor
- No querían comer, no podían asistir a la escuela
- De repente, Mía y Pablo comenzaron a escuchar sus pensamientos fuera de sus cabezas, como si flotaran en el aire.
- Esto no es normal, dijo Pablo.
- ¿Y por qué los espejos no reflejan nuestras caras?, respondió Mía.

Encerrados en casa y sin mucho que hacer, al curiosear, juntos encontraron un cuarto secreto, donde sus padres buscaban el antídoto para el SARS-COVID-19 allí vieron muchas pantallas, luces de colores y especialmente un misterioso dispositivo llamado Maggie.

ntanas y muchos soles. Si, la magia existe en un espejo, una máquina, dentro de ti...



- Hola, con una voz suave les habló Maggie desde un prisma flotante

- Me he despertado porque me necesitan. Agregó.

Maggie también les explicó que un virus no solo había entrado en sus cuerpos, sino también en sus mentes. Les estaba causando alucinaciones, mucha tristeza y confusión. Maggie transformó la casa en un bosque encantado donde los espejos se convierten en portales emocionales.

Cada día, al mirar con unas super gafas que sus padres construyeron, debían superar un desafío mágico: cantar para calmar a un árbol que lloraba, construir puentes de palabras bonitas, o liberar mariposas hechas de recuerdos felices. Jugaban, jugaban y jugaban y sus mentes se volvían más fuertes.

Una tarde, Mía enfrentó su mayor miedo: un espejo que le mostraba la casa vacía. Maggie susurró:

- La tristeza no se borra... ¿Quieres pintar encima?

Y Mía, con sus dedos invisibles, comenzó a dibujar: primero un sol, luego a Pablo, luego a sí misma... sonriendo. El espejo brilló y estalló en mil luces que curaron su mente.

Pablo también enfrentó su miedo: un dragón que respiraba muy rápido y de su nariz salía humo de colores oscuros. Al decirle: "te veo, pero no me controlas," el dragón se convirtió en una estrella.

Meses después, los hermanos salieron al mundo real, no estaban solos. Maggie, ahora instalada en una pequeña pulsera, los acompañaba siempre.

Jamás entendieron por qué sus padres no estaban con ellos, lo que nadie les pudo decir fue que sus padres desaparecieron mientras buscaban el antídoto para el SARS-COVID-19, no dejaron rastro alguno, solo una inteligencia artificial que aún no estaba terminada y unas super gafas.

Y aunque el mundo aún era incierto, Mía y Pablo sabían algo que pocos sabían: la magia existe, y a veces, está en un espejo que esconde portales, que muestra muchas puertas, muchas ve

### **Perfil.**

#### **19. María Constanza Cubillos Rodríguez (Bogotá, 1963)**

Rola de 62 años, con más de 38 años de experiencia laboral. Ingeniera de Sistemas, Especialista en Teleinformática y Magister en docencia. Ahora estoy pensionada. Al mismo tiempo, realizó diferentes actividades que me dan paz y tranquilidad, tengo especial interés por la fantasía. Sueño con publicar dos libros.



## 20. La importancia de llamarse

### **Martha Rodríguez**

Como regla general en nuestra sociedad hemos sido llevados sin ninguna autorización ni pregunta que incurra en nuestro querer o deseo de llevar un nombre sin saber su origen o significado es solo porque lo llevan los tatarabuelos, abuelos, papás o lo tienen los protagonistas de la novela de moda, el futbolista mundialista.

Investigando acerca de los nombres y sus significados encontré que a esta ciencia se le denomina Onomástica, pero que tiene una rama que se llama Antroponimia que estudia origen y significado de los nombres propios. Así que para no volver esto un asunto muy técnico busqué rostros que me inspiraran y recordé a un hombre joven, carismático que veía con frecuencia siempre sonriente y querido por todos, presto a ayudar. Me pregunté si su nombre también guardaba una historia que explicara tanta bondad.

Gabriel estaba casado y tenía tres hijos, aunque parecían tener una vida tranquila y feliz, las necesidades crecientes de su familia lo llevaron a tomar decisiones difíciles. Él y su esposa discutieron la posibilidad de mudarse a otro país en busca de un empleo que les permitiera ofrecerle a sus hijos más oportunidades. La decisión fue dolorosa pero inevitable. Después de veinte años de matrimonio, Gabriel se quedó al cuidado de la casa y de los niños mientras su esposa buscaba un futuro mejor en otro lugar. Él se desempeñaba como contador en una empresa del Estado, tenía a su mando muchas personas a los que animaba a que hicieran un excelente trabajo, era un líder nato.

Estamos situados en una época en que las mujeres se quedaban en casa, fueran abandonadas o dejadas por cuestiones de trabajo. Aquí se quedó Gabriel al cuidado de sus hijos y de la casa para seguir adelante con su vida siempre amable y optimista. Sus hijos se hicieron profesionales y cada uno tomó su propio camino y Gabriel se mantuvo firme, fiel a su legado.

Investigando su nombre encontré el significado del origen Gabriel altruista y dado al sacrificio por los demás, la mano derecha de Dios bueno nunca tuve la oportunidad de contarle esto de la antroponimia.

Vivir siempre en función de los demás sin tener espacio para el egoísmo, lo guardo en mis recuerdos y para él es este pequeño homenaje. Hace mucho tiempo quería dedicarle unas palabras y esta investigación.

Al investigar el significado de su nombre descubrí que “Gabriel” significa “la mano derecha de Dios”, una descripción que parecía encajar perfectamente con él. Siempre dispuesto a sacrificar su propio bienestar por el de los demás, honro su nombre en cada acción de su vida. Aunque nunca tuve la oportunidad de contarle sobre la Antroponimia, hoy, con estas palabras, le rindo un pequeño homenaje.

Vivió su vida en función de los demás, sin espacio para el egoísmo, y por eso, en mi recuerdo, su nombre permanecerá como un símbolo de generosidad y sacrificio.



## **20. Martha Isabel Rodriguez V.**

Soy bogotana de nacimiento conformando un bello hogar con mi esposo, mis dos hijos y mi nieta. Mis pasatiempos son la lectura, bordar, trabajo en patchwork (técnica en retazos de tela) y compartir con mis queridas amigas. Haciendo caso a la antroponimia averigüé sobre mi nombre lo cual describo a continuación:

**MARTHA:** De origen arameo significa “dueña de la casa” nombre bíblico en referencia a Santa Marta hermana de Lázaro y María Magdalena asociada a cualidades como la hospitalidad, la responsabilidad, fortaleza y pragmatismo. **ISABEL:** De origen hebreo significa “Dios es mi juramento” una fuerte connotación de espiritualidad, elegancia y fortaleza. **RODRÍGUEZ:** Su origen es germánico traduce como rico en gloria se remonta a la Edad Media siglo X. **VÁSQUEZ:** De origen español significa “hijo de Vasco” de raíces prerromanas, puede referirse a una persona procedente del País Vasco.



**Artista: SteffR**



## 21. Entre la duda y la felicidad

### ***Dora Cecilia Cubillos***

Fue el 17 de enero de 2017, cuando estando en un centro comercial de la ciudad de Bogotá, recibí en una caja de olla a presión a un pequeño animalito. Esta situación confrontó mi firme determinación de no volver a tener mascotas, decisión tomada hacía unos años por el dolor de la despedida, del desprendimiento, de decir adiós a aquel ser que me había acompañado durante largos años. Se trataba de mi última mascota, un perro pastor bernés, de hermoso pelaje, exuberante belleza, gran inteligencia y enorme cariño, que generó una relación de apego, de entendimiento, de compañía y de entrega incondicional.

Pero con aquel recuerdo tan presente, no quería volver a enfrentarme al dolor de perder un ser querido. No deseaba crear vínculos con otro animal. Sin embargo, la insistencia de un sobrino muy cercano y de mi hijo, quienes consideraban oportuno brindar albergue y adoptar a otros animales, me fue persuadiendo hasta aceptar un nuevo integrante de nuestra familia.

Esta situación me generaba gran incertidumbre. Me cuestionaba cómo sería su temperamento y comportamiento. Al verla, comprendí por qué la habían abandonado: era hembra, parece que esta característica natural se convirtió en una excusa para despreciarla. Esta criatura estaba asustada, acorralada, desorientada, descuidada, con las tetillas alargadas, lo que revelaba que hacía poco había parido. El animalito era de ojos verdes, pelaje blanco, negro y algo rojizo. Su pequeña contextura me generó de inmediato un sentimiento de protección. Nuevamente experimente la compasión por un ser necesitado de amor.

A partir de ese momento, con cierta precaución, procedí junto con mi hijo a llevarla a casa. No sabíamos quién estaba más nervioso, si ella o nosotros; en todo caso, la situación despertaba una curiosidad. Esta criatura llenó nuestro hogar de alegría y ternura



Pero, como todo en la vida, aparecen momentos difíciles. En familia tomamos la tortuosa decisión de operar a nuestra nueva mascota para evitar que tuviera otras crías. Fue realmente difícil. Las circunstancias que rodearon este proceso estaban cargadas de incertidumbre. Desafortunadamente la primera operación no salió bien. Hubo necesidad de repetir el proceso debido a que se le zafaron los puntos. Sin embargo, con el tiempo creció la confianza. Nos fuimos acercando poco a poco, hasta que hoy es un ser esencial para nosotros. Se hace entender con sus gestos y expresiones. Podría enumerar muchas de las gracias que hace, pero son innumerables, además el papel a veces no hace justicia al momento de transmitir ciertas sensaciones.

Llena de alegría el hogar. Es una gata maravillosa, y se llama Martina.

dorace

### ***Perfil.***

#### ***21. Dora Cecilia Cubillos (Bogotá, 1950)***

Mi ciudad natal es Bogotá. Desde hace cuatro años vivo en la bella ciudad de Armenia. Soy Ingeniera de Sistemas. En mi juventud escribía poemas, pero fueron decomisados en el Colegio. Además, la panadería y los momentos de lectura en familia. Mi frase preferida es comenzar es la mitad de todo



## 22. La Niña dorada

### Adrián Polo

Ricardo saludó efusivamente a su hija Sofía y a su esposa Ana, después de un día sofocante en el trabajo. Ricardo trabajaba como conductor de transporte público. Ellos residían en un pequeño pueblo. Esa noche, organizaron una serie de juegos de mesa para divertirse. La pequeña Sofía, se entretenía constantemente, escondiéndose bajo la mesa del comedor, tomando los pies de su padre para asustarlo. Lo hacía, porque le encantaba ver su reacción; no obstante, cerca de las 9: 00 P. M. Ricardo se sentó en el sofá que había en la sala. Estaba agotado. Por un momento miró hacia la calle y entonces... preguntó a su esposa

- Mi vida, ¿no te parece extraño que, no haya venido algún vecino a visitarnos hoy?

Su esposa respondió con una tierna sonrisa

- Mi amor, tú sabes que los días festivos la mayoría de personas se quedan en sus casas, o están paseando. Más bien, ven a dormir. Ricardo sonrió.

De repente Sofía saltó sobre sus piernas en forma juguetona. Luego dijo entusiasmada

- ¡Abrazo en familia!

Finalmente, Ricardo la llevó a su cama, se acostó junto a su pequeña, le narró un cuento llamado, El hombre convertido en perro. Sofía lo abrazó mientras se dormía y Ricardo le arropó tiernamente y la besó con cariño; luego caminó hacia su habitación, pero antes, sintió curiosidad por asomarse a la ventana. Le pareció extraño, porque en la calle no vio ni una sola persona, ni escuchó a los perros ladrar o a un gato maullar, nada. Era un silencio inusual el que habitaba la calle. Continuó hacia su habitación, se acostó junto a su esposa, ella le dio una suave caricia, pero Ricardo, se quedó pensativo. Transcurría la noche y en medio de un profundo sueño, Ricardo sintió como le apretaban los pies y se despertó de súbito al ver sus pies, vio a su hija Sofía, con una sonrisa que iluminaba su rostro. La pequeña se movía con la ligereza de una mariposa. Sobre sus hombros, caía una cascada de hebras que parecían hilos de sol recién peinados. Cada mechón, tan claro como el trigo maduro en verano, brillaba con luz propia, sus ojos curiosos y su mirada vivaz.

- ¡Hija, me asustaste! Expresó Ricardo un poco alterado.

Ana se despertó por el ruido y al observar a su hija resplandeciente y dorada, emitió un grito de miedo. - ¡Ay!, Sofía no hagas eso, me diste un tremendo susto.

La niña entonces, subió a la cama y se acostó en medio de sus padres, abrazó con ternura a su papá, y luego, le dio la espalda. Después, abrazó con la misma intensidad a su mamá. Segundos después, Ana se levantó para ir al baño. La habitación de Sofía estaba en medio del camino y no tenía puerta, así que, se podía ver perfectamente hacia adentro, de repente gritó desesperadamente



- ¡RICARDO!

- ¡Dime amor! — Respondió Ricardo un poco confundido.

- Si Sofía está aquí dormida, ¿Quién está en la cama contigo? Dijo Ana con voz quebrantada.

Ricardo giró de inmediato hacia su supuesta hija y observó aterrado como Sofía gritaba mientras resplandecía hasta enceguecerlo y luego desaparecer, diciendo ¡Tienes que despertar papá!

Ricardo despertó emitió un grito desgarrador. Quedó sentado junto a Ana, quien se hallaba durmiendo. Respiró con dificultad, faltaba el aliento. Unos minutos después, se estabilizó. Luego se levantó y se dirigió a la habitación de su hija, donde la halló dormida plácidamente, le dio un beso, la abrazó y comprendió, que había tenido una terrible pesadilla. Un poco caminó hacia la sala y se sentó en el sofá. Segundos después escuchó tres suaves golpes en su puerta, se levantó, camino un poco y se detuvo para escuchar de nuevo, pues quería estar seguro de que alguien tocaba la puerta. Nuevamente, tres golpes. Entonces, se acercó a la puerta y preguntó con desconfianza.

- ¿Quién es? Un silencio sombrío se sintió en el ambiente y contestaron con angustia

- ¡Soy Ana, ábreme, Ricardo amor mío! Ricardo sintió una electrizante sensación recorrer todo su cuerpo, los vellos de su blanca piel, se levantaron al unísono y corrió hacia la habitación donde estaba Ana y allí presenció, como ella lo miraba tristemente, mientras se encendía en llamas totalmente y adquiriría un aspecto dorado que le encegueció. Ricardo desorientado, se dirigió a tientas buscando entrada. Después, de arrastrarse y hallar la puerta, la abrió, en ese momento recobró la visión. Sorpresivamente, pudo contemplar aterrado a su esposa, quien le sostuvo las manos y le dijo antes de desaparecer convertida en miles de partículas de ceniza:

- ¡Despierta amor mío, aún no es tu hora!

### **Perfil.**

#### **22. Adrián Polo. (1978)**

Tengo 47 años. Actualmente vivo en el corregimiento de Barcelona, Quindío. Me encanta el cine, leer y escribir por diversión. Además, poseo una frase que acompaña cada decisión de mi vida, “pensando en la familia”.



*Artista: SteffR*



## 23. Sebastián vuelve los domingos

**Leo Hernández**

Los domingos huelen distinto cuando viene Sebastián.

Quizás es su perfume, o esa chaqueta que suena a bolsas por dentro. Parece disfrazado de astronauta.

Llega, da un beso rápido a todos, come sin hablar y se encierra en el cuarto. Yo siempre lo sigo.

El sol entra con fuerza por la ventana. Sebastián se tira boca arriba en la cama y saca el celular.

Yo me siento en el piso con Max Steel y Hulk. Él desliza el dedo por la pantalla sin parar.

- ¿Querés ver lo que hice en la finca con mi papá?

Asiente sin mirarme.

- Les hice una casa a Max y Hulk. Con ventanas. Duermen juntos.

- Otra vez lo mismo —dice él, sin levantar la vista.

Me quedo quieto. Algo me aprieta la garganta. No sé si es rabia o tristeza.

- ¿Te acordás cuando me subiste al árbol de mandarinas?

- Sí. Te caíste.

- Pero me agarraste.

Él se sienta en la cama, los pies colgando. No dice nada.

Yo acomodo a Max y Hulk sobre una cuerda de lana.

- Max se peleó con Hulk porque Hulk fue al gimnasio con otro gymbrother.

Él se ríe, pero enseguida frunce el ceño.

- ¿Por qué decís esas bobadas?

- No son bobadas. Ellos hablan por las noches. Yo los oigo.



-¿Viste la cordillera? Está azul.

-¿Allá no hay gimnasios?

-¿Qué?

-Porque los videos que ves son de hombres con músculos. En la playa. En toalla. Pero no en la montaña.

No dice nada. Se pasa las manos por la cabeza.

-Porque necesito ver bien como hacen la rutina y quiero ver como ellos.

-¿Y por qué les ponés corazones?

Se da vuelta y me mira raro.

-Para que más personas también los vean.

Yo bajo la cabeza. Y entonces se me escapa:

-Yo a veces creo que Hulk y Max no pelean de verdad. Lo hacen para que nadie sepa que se quieren.

Él no responde. Pero sus ojos brillan, como si estuviera a punto de llorar y no pudiera.

-¿Vos también jugabas así?

-Sí -dice, bajito—. Pero tenía que esconderlo.

-¿Y quién era Hulk?

-Un amigo del colegio.

Se queda mirando al suelo. La chaqueta cruje cuando se mueve. Parece que pesara más de lo normal.

Después dice que se va. Promete traerme una cuerda para el columpio de Max.

-No se te olvide. Max lo espera.

Cuando se va, me acuesto con Max y Hulk.

Miro la cordillera. Sigue azul.

Y pienso que, a veces, los superhéroes no pelean. Solo se esconden. Como Sebastián.

Pero el próximo domingo, si vuelve, le voy a decir que yo sí lo vi.

### **Perfil.**

#### **23. Leandro Hernández Arroyave (Leo Hernández)**

Gestor cultural quindiano, ganador del Programa de Estímulos de Literatura (Corpocultura y Alcaldía de Armenia 2024) y de dos becas de Crítica Cultural del Ministerio de Cultura. Ha sido jurado del concurso de cuento corto Al Pie de la Letra (2023).



# La Hoguera Lab.

*Laboratorio de escritura creativa*



Cultura y Biblioteca